

esencia y unos perfiles propios. Para llegar a ser hombre es necesario saber humanizarse en el más amplio sentido. Y en este aspecto de la formación humana, tiene indudable valor la existencia de una élite directora.

La culminación humana depende de una cultura interna, en la que han de estar patentes las disposiciones totales y armónicas del hombre. Max Scheller enfoca el tema del saber culto y de aquel otro saber que, a pesar de su valor, nada tiene que ver con la cultura. Y dice "que el saber que se ha convertido en cultura es un saber que se halla perfectamente digerido; es un saber del que no se sabe ya en absoluto cómo fue adquirido, de dónde fue tomado".

Para Max Scheller, el hombre que sabe está siempre alerta, preparado para dar el salto en cada situación concreta de la vida, dispuesto a ver directamente los hechos, para adaptarse a las circunstancias nuevas. He ahí, sin duda, la más certera definición de inteligencia, ahora manejada por los pedagogos y por los cultores de la sociología.

"Culto" no es quien conoce muchas modalidades contingentes de las cosas, sino quien posee una estructura personal, "un conjunto de móviles esquemas ideales que le sirven para intuir, para valorar y conocer el mundo".

Max Scheller nos habla de su concepción de la cultura, inspiradora de una pedagogía científico-espiritual. Esa cultura se crea y sostiene por hombres que viven en sociedad, y se proyecta en un sinnúmero de productos humanos, que pueden ser visibles o materiales, como los instrumentos, casas, vestidos, etc., o pueden ser de carácter espiritual, como las obras de arte, las verdades científicas, las reglas de convivencia, las confesiones de fe.

Quizás, una de las más felices intuiciones de este filósofo haya sido la siguiente: Aceptar que toda creación cultural despierta automáticamente una voluntad de educación. Desde ese momento, la Pedagogía se convierte en lazo entre la cultura y la vida.

"El Saber y la Cultura", de Max Scheller, nos entrega una enseñanza, no exenta de proyecciones educativas. En nuestros días, cruciales y problemáticos, se aspira a elevar la cultura por la naturaleza, a ennoblecer los sentimientos por el carácter y a regenerar las instituciones sociales.

¿Acaso la función de los filósofos no consiste en adelantarse a los acontecimientos? ¿Cuándo se resolverá el problema de actualizar el porvenir?

V. M.

<https://doi.org/10.29393/At390-106PRVM10106>

*Punta de rieles*, de MANUEL ROJAS

Editorial Zig-Zag, Santiago, 1960

El título de esta novela, "Punta de rieles", es susceptible de varias interpretaciones. Anotemos, por ejemplo, la que nos propone el autor.

Dos o más vidas humanas que han llegado a un punto muerto, como si fueran dos vagones arrumbados en esa punta de la vía férrea, esperando, quizás, una salvación o un fracaso definitivos.

Sin embargo, también es posible, evocar el teorema de las líneas paralelas, que jamás se encuentran, siempre que no se piense en su hipotética conjunción en las zonas problemáticas del infinito. Pero Manuel Rojas ha elegido la primera simbología concreta, con cierto dinamismo agazapado entre los engranajes.

Esta novela nos hace pensar en algunos títulos conocidos. Recordemos la "Confesión de medianoche", del francés Georges Duhamel. Citemos "El Extranjero", de Albert Camus. Y establezcamos un puente cordial con aquellas "Confesiones de un inglés tomador de opio", de Th. Quincey. Sabido es que esta obra, de un humor casi trágico, fue comentada de Musset y por Baudelaire.

Manuel Rojas nos presenta a dos individuos fracasados. Uno de ellos ha sido víctima de una sensualidad fuerte, instintiva, lejos de la reflexión esencialmente varonil. El otro, más culto, se ha desvivido entre el vino, el juego, la cocaína y una serie de mentiras de curso normal entre los pícaros bien vestidos. Ambos reconocen su fracaso. Ahora bien, la salvación, inscrita en el aire impalpable, puede ser posible.

Tierra garra esta doble fabulación novelesca. Las aventuras de sus protagonistas están narradas con suma gracia, utilizando un lenguaje funcional, pletórico de populismos, con muchos zarpazos de cuño realista. Poca diferencia existe en la manera de enfocar los problemas. Manuel Rojas ha pulsado las mismas cuerdas para referirse a los dos fracasados. Con suma maestría los lleva hacia adelante, para dejarlos arrumbados en un momento crucial: "Romilio Llanca no habló más. El otro miró un momento hacia la calle y luego se irgió, desperezándose. Los dos eran altos y de ojos claros; envejecidos por la noche. Estaban en las puntas de los rieles, como vagones viejos o averiados. Uno estuvo caído y fue levantado; podría volver a caer. El otro caía ahora y el que estaba de pie lo afirmaba".

No hay preciosismos en esta novela. Las metáforas fueron relegadas, para dejar en pie la osamenta escueta de unos personajes. He ahí una interesante modalidad estética en la obra de Manuel Rojas.

V. M.

#### LA TRAMPA DE GIACONI

Pero Gabriel iba tras una redención de sí mismo...  
La difícil juventud.

En líneas generales —y aún admitiendo los grados de exclusión e injusticia que esta afirmación implica— puede sostenerse que la literatura hispanoamericana recién comienza a trepar la altura de la idea. Falta a Hispanoamérica una sólida línea de escritores que eludan el tópico inte-